

Acerca de Jean-Edern Hallier y *El idiota internacional* –Respuesta a una encuesta (2005)

Alain de Benoist

Traducción de José Antonio Hernández García

Encontré por primera vez a Jean-Edern Hallier a principios de 1978. Nos vimos y frecuentamos mucho durante dos períodos diferentes, prácticamente con diez años de intervalo: primero, entre 1978 y 1981, años que correspondieron a los primeros pasos del *Figaro-Magazine*; después, entre 1990 y 1993, en la época del *affaire* llamado de los «rojos-cafés», que fue también el último período de *El Idiota internacional*.

Al sentir pasión por las ideas expresadas en la revista *Nouvelle École*, que yo había lanzado en 1968, Louis Pauwels me pidió en 1977 que hiciera una crónica del «movimiento de las ideas» en *Le Figaro-Dimanche*, suplemento de fin de semana del *Figaro* y que, un año más tarde, iba a dar nacimiento al *Figaro-Magazine*. Como era su costumbre, Jean-Edern rápidamente acogió las novedades y fue así que nos volvimos amigos.

En 1979 se desató, por complejas razones de las que no tiene caso hablar aquí, una campaña nacional (o más bien internacional) en torno a lo que a partir de esa fecha se convino en llamar la «Nueva Derecha». De pronto me encontré en el centro de esa campaña, cuya amplitud (varios millares de artículos, acompañados de libros, de emisiones de radio y televisión, etcétera) me condujo –por consejo de Louis Pauwels– a publicar un libro en el que reunía cierto número de textos que ya habían aparecido. Titulado *Les idées à l'endroit* (*Las ideas derechas*), la obra apareció en las ediciones Libres-Hallier, filial de Albin Michel. Como anexo, venía un debate con Jean-Edern que se había publicado el año anterior en *Le Figaro-Dimanche*, en ocasión del décimo aniversario de mayo del 68. Siempre con la agudeza que lo caracterizaba, Jean-Edern participa conmigo, durante el otoño de 1979, en diversas conferencias y debates, algunos ciertamente memorables y agitados, como los que se desarrollaron en noviembre en Burdeos, en donde Jean-Edern muele la cabeza de Philippe Nemo ¡a golpes de merluza congelada!, o en Estrasburgo, ante más de 1500 personas.

Después nos perdimos de vista sin ninguna razón particular. Nuestros reencuentros tuvieron lugar en 1991, después de una tribuna libre claramente anti-estadounidense y anti-occidental que había publicado en *Le Monde* y que le gustó mucho. Me pidió entonces que colaborara regularmente en *El idiota internacional*, cosa que hice. Yo participaba también en los comités de redacción, que en general tenían lugar en la plaza de los Vosgos, y se desarrollaban en medio de un amable desorden. Jean-Edern sorteaba las contingencias materiales, y la realización del diario tuvo a bien estar dirigida por Marc Cohen, quien entonces pertenecía al Partido Comunista.

En el momento de la guerra del Golfo, los dos estuvimos particularmente activos en la campaña contra la participación de Francia en este conflicto junto a los estadounidenses. Numerosas iniciativas se tomaron entonces en reuniones que se desarrollaban en casa de Gisèle Halimi junto con diversas personalidades provenientes de distintos horizontes, como Régis Debray, Max Gallo, Charles Fiterman o Dominique Jamet. El 12 de enero de 1991, en una gran manifestación contra la guerra que conmociona la plaza de la Bastilla, yo desfilara en primera fila, brazo arriba y brazo abajo, ¡con Henri Krasucki a mi derecha y Alain Krivine a mi izquierda! El orden estaba asegurado por los militantes del PC. Es lo que nos condujo al surrealista asunto de los «rojos-cafés».

Para comprender este asunto, hay que atenernos a los hechos. Existía entonces, ante la perspectiva de la sucesión de Georges Marchais, una lucha de tendencias en el interior del PC. Una fracción, ciertamente minoritaria, cuyo jefe de línea era Pierre Zarka, aparentemente deseaba transformar al PC en un partido más radical y de fuerte connotación populista, y no había dudado en cuestionar algunos aspectos de la distinción derecha-izquierda. Supongo que es desde esa óptica que el Partido Comunista aporta una ayuda financiera a *El idiota internacional*, y envía a Jean-Edern a Cuba para hacer entrevistas a Fidel Castro, etcétera. Por mi parte, fui calurosamente recibido por Marc Cohen, quien me presentó a Jean-Paul Jouary, redactor en jefe de *Revolución*, el hebdomadario del partido. El 23 de noviembre de 1991, este último me presenta a todo su equipo en ocasión de un desayuno en los locales de *Revolución*. El 10 de enero de 1992, Arnaud Spire, uno de los principales redactores de *L Humanité*, me invitó e expresarme en las ondas de la estación de radio que el PC entonces poseía en Bobigny. ¡El mismo hizo descorchar el champaña! El 12 de mayo fui invitado a una reunión organizada en la Mutualidad por Arnaud Spire y Francette Lazard, al amparo del Instituto de Investigaciones Marxistas. Fue la ocasión de un enfrentamiento verbal con René Monzat, uno de los animadores de Ras l'Front, ¡quien fue copiosamente abucheado por la concurrencia! El 19 de mayo, Marc Cohen participó al lado de Jean-Marie Domenach en un debate sobre el «nuevo panorama intelectual» organizado en el Museo Social por la revista *Éléments*. Unos días después, el 26 de mayo, yo mismo organizaba un encuentro entre Jean-Paul Jouary y el escritor Paul-Loup Sulitzer, entrevista que se realizó en

el domicilio de este último y que se publicó poco después en la revista *Krisis*. Claro, aquí sólo cito algunos de entre muchos otros episodios.

El diálogo se vuelve escaso cuando la facción agrupada en torno a Pierre Zarka comienza a perder terreno. El escritor-delator Didier Daeninckx, al dirigirse directamente primero a Georges Marchais, agita a todo París para denunciar el «escándalo». El Partido Socialista interviene discretamente tras bambalinas, y amenaza con sacar unos expedientes. Un mini-psicodrama sacude durante algunas semanas el microcosmos parisino. Conocemos el desenlace. Los partidarios de Robert Hue recuperan su primacía. Marc Cohen y Jean-Paul Jouary fueron puestos en dificultades en el seno del PC. Por lo que toca a Jean-Edern, debo decir que tomó sus distancias respecto de su amigo Cohen de una manera muy poco elegante.

Conservo de este asunto engorroso un recuerdo divertido. Dejo evidentemente de lado las interpretaciones fantasmagóricas que puedan darse. Al no ser ni comunista ni nacionalista, evidentemente jamás fui considerado un «rojo-café» –etiqueta que, sólo con exceso, apenas hoy poseería algún sentido. Diríamos más bien que yo sería alguien que se adhiera a las ideas de izquierda y a los valores de derecha. Queda el pequeño resplandor que brilla alrededor de *El idiota internacional* y que podría haberse extendido más lejos –lo que constituye probablemente la razón por la que se vieron obligados a suprimirla. Lo mejor de *El idiota* es que permitió a personas de origen político e ideológico diverso que se conocieran y debatieran entre sí. Las afinidades transversales se manifestaban, anticipando nuevos compartimientos que hoy vemos aparecer en todos los dominios, a pesar de los esfuerzos de la clase política para volver perennes las divisiones obsoletas que ya no correspondían a nada. Yo mismo había publicado en *El idiota* un artículo titulado «Jaurès y Barrès» que iba en ese sentido. La catapulta que Jean-Edern inauguró en esa época no tuvo seguidores. También podríamos decir que se limitó a iniciativas desordenadas, copia de algunas «provocaciones» sorprendentes. Sin embargo, estoy convencido que podría haber salido otra cosa, que habría podido prohiar prolongaciones más fecundas. Los nuevos compartimientos, cualesquiera que sean, se producirán.

El recuerdo que guardo de *El idiota internacional* es el recuerdo de una empresa a la vez lúdica y estimulante. Hubo en el diario algunas cosas criticables, como los artículos de connotación antisemita de Jean-Edern o sus polémicas literario-sexuales con Josyane Savigneau. Pero hubo también documentos formidables que reflejaban otras facetas del talentoso escritor y genial provocador que fue Jean-Edern, con todas sus (grandes) cualidades y sus (inmensos) defectos. Después de él, otros, aunque generalmente sin gran éxito, han intentado este género en el que él sobresalía. ¡Ser un verdadero imprecador no se le da a todo el mundo! En el mundo utilitario en que vivimos, en donde la intolerancia y el conformismo impiden cualquier debate, *El idiota* fue un pequeño grano de arena que, durante algún tiempo, pareció, si no bloquear, al menos sí perturbar la maquinaria. Sería una lástima olvidarlo.